

LA UNIVERSIDAD Y LA FORMACION PROFESIONAL

Juan Gómez Millas

Rector de la Universidad de Chile.

Transcripciones de los discursos de inauguración de los Años Académicos

Nada es ajeno a la Universidad, ha dicho don Juan Gómez Millas. Así es como en conocimiento de la iniciativa de la Facultad de Medicina, Colegio Médico y Servicio Nacional de Salud, se apresuró a concederle su más amplio apoyo y a poner a su disposición los Institutos Universitarios para esclarecer la situación en estudio, mediante la búsqueda de la verdad por la investigación.

Nada es más oportuno para el tema a discutir que exponer las ideas del Sr. Rector en lo que se refiere a la misión de la Universidad en el mundo que nos rodea y al papel de los universitarios en la tarea de construir un destino. Aquellas han sido expuestas, entre otros trabajos, en los Discursos Inaugurales de los años académicos de la Universidad, correspondientes a 1957, 1958 y 1959. De ellos, la Comisión Editora de esta publicación, ha transcrito fielmente numerosos párrafos que presenta en forma de un todo único dada la armonía que reina entre sus diferentes partes. La Comisión ha tenido la audacia de agrupar y titular párrafos y subrayar frases de los mismos, justificable por el propósito loable que la anima de llevar al ámbito médico el vivo pensamiento del Rector de la Universidad de Chile en esta determinada materia.

1.—La Universidad y sus educandos

Educación no significa sólo adiestrar en una actividad material o espiritual, sino mucho más que eso: guiar hacia una vida superior, despertar en toda conciencia el residuo que en ella existe de una noción de deuda y por lo tanto de culpa, para que surja activa, como respuesta interior ineludible y permanente, desde la niñez hasta la muerte, la voluntad fecunda de una misión o llamado a una tarea reparadora. Sin este elemento no hay santidad, ni heroísmo, ni verdadera creación artística o científica. (1)

Ninguna enseñanza que pretenda alcanzar la dignidad de una educación, de una formación humana, por especializada que sea, puede encerrarse en los límites de un tecnicismo estrecho; ni menos la enseñanza universitaria, que por tradición y esencia es humanista e integral aun en los momentos en que lleva a los jóvenes al conocimiento de los más finos y delicados tecnicismos. La Universidad tiene la obligación docente de ofrecer las ciencias y técnicas exploratorias fundamentales en amplios grupos de disciplinas, sin caer en el error frecuente de agotar los temas particulares de cada disciplina científica o rama de la tecnología. La vida, los libros,

la experiencia científica o tecnología dan lo demás y afinan los conocimientos y habilidades adquiridos en seminarios y laboratorios. Esta es la única forma de que el estudiante tenga tiempo libre y ocio para las zonas amplias de un conocimiento no especializado, para el arte, para su vida psicosomática, para detenerse un instante a pensar, sentir y gozar de la literatura universal, la música, y contemplar con amor estético el mundo variado e inmenso y al hombre insondable y frágil como una caña, pero como una caña que piensa, según la imagen de Pascal.

Os he mencionado la palabra ocio; pues bien, la palabra "escuela" proviene del latín "Schola", y ésta a su vez del griego "scholē", cuyo significado era ocio libre y fecundo, en oposición al ocio abyecto o flojera y abandono de sí mismo. (2)

Por ello debemos insistir en que la función de la educación superior no se agota proporcionando información y ofreciendo a sus graduados oportunidades y medios para investigar: su verdadera y principal justificación consiste en mantener activa la conexión entre el saber actual y la corriente vital de la humanidad, sus necesidades y sus anhelos y unir para ello en la

tarea escolar la juventud y la madurez en un mismo enfoque imaginativo y poético del trabajo intelectual. El saber que comunica la Universidad tiene una nota peculiar, es un saber estimulante, excitante, provocador, desafiante, es el guante de un héroe arrojado a la arena de un combate; es un saber despreocupado, libre y revolucionario y es lo único que hoy como en la Edad Media, justifica la existencia de la Universidad, salvo que se pretenda confundir vida espiritual con una pacata, mortecina y estéril organización administrativa. **La Universidad sólo se justifica si capacita a los jóvenes para construir la visión de un mundo nuevo y el cómo llegar a realizarlo en la células, en los átomos o en la estructura social de cada país.** ⁽³⁾

Lo que más importa en la Universidad es que el joven entienda los principios de la ciencia o el arte, no como fórmulas verbales, sino como objetos ideales del conocimiento racional; los maneje con hábito mental no sólo como conocimiento, sino también como poder; es decir, que llegue no sólo al saber, sino también a cómo hacer las cosas que el pensamiento nos descubre.

Todos los planes y programas de trabajo universitario, si están bien concebidos y no aspiran a formar eruditos muertos, incapaces de autonomía mental, persiguen el desarrollo de la capacidad inventiva y descubridora propia del ser humano, mediante el ejercicio vigoroso y disciplinado de la actividad mental estimulada por el placer que nos provoca la curiosidad intelectual; **toda actividad universitaria que no produzca placer intelectual de alguna manera es una tarea muerta o desmayada. Hay algo allí que funciona mal y que hay que corregir.** ⁽⁴⁾

Nuestros jóvenes necesitan adiestrarse en responder al reto de la realidad, y para ello necesitan el uso adecuado de todos sus sentidos y de los instrumentos que los prolongan y afinan. Con nuestros ojos no podemos penetrar el mundo estelar, ni el microcosmos. El trabajo combinado de la mente y de las manos en laboratorios y trabajos de campo es esencial. ⁽⁵⁾

El valor de toda educación tecnológica reside en la posibilidad de traducir el pensamiento en habilidad operacional y de nuevo ésta en pensamiento. Por ésto, jamás alcanzaremos los

verdaderos niveles de un gran centro de formación científica moderna, ni seremos plenamente útiles a la sociedad a que pertenecemos si no usamos en todos los rincones de la Universidad, al mismo tiempo, finura de pensamiento y habilidad y destreza para la acción operacional que hoy requieren las ciencias y tecnologías. ⁽⁶⁾

Por ello, también, las universidades revisan constantemente sus métodos de trabajo, el cumplimiento correcto de sus fines y la calidad del trabajo docente que ejecutan sus profesores. Ningún argumento de estabilidad funcionaria puede destruir o debilitar esta actitud, porque las Universidades no son lugares de descanso, sino de inquietud y cambio constante; todo conformismo en ellas lleva a la parálisis de la sociedad a la cual sirve y todos los que tenemos pequeña o grande responsabilidad en la Universidad debemos ser insensibles a la popularidad barata y transitoria que consiste en ser tolerantes con los defectos y malos hábitos que en ella se manifiestan o con la calidad del personal que debe darle vida y aliento. **Es un deber de todos nosotros estar atentos a las críticas honradas de los estudiantes y de la sociedad, so pena de periclitar en la decadencia y la esterilidad.** ⁽⁷⁾

En todo verdadero aprendizaje hay un meollo esencial que tiene que ver con principios generales, cuya trama fenomenológica constituye la ciencia y una gran cantidad de saber que es mera instrumentación, manipuleo y lenguaje. Es tarea del auténtico maestro guiar al discípulo por los senderos enmarañados de este bosque, muy diferente a la del falso maestro que no logra jamás establecer los límites entre una y otra cosa y sólo introduce en el espíritu del joven la confusión, madre del desaliento y quiebra esas copas de cristal en que florece la esperanza. ⁽⁸⁾

2.— Ciencia y humanismo

Toda educación superior participa de los tres componentes de un sistema nacional de educación, es una enseñanza humanista, científica y técnica, que se sostiene mutuamente, se complementa y se ilumina, y en cada caso particular el énfasis que se pone en alguno de ellos no excluye la colaboración de los otros para alcanzar las líneas de una educación completa del joven en una vida democrática. ⁽⁹⁾

Hemos nacido en plena edad de las ciencias y sus aplicaciones, en que son posibles la contemplación y la acción y en que cada científico, técnico o artista es responsable de su tarea y posee una misión irrenunciable en la sociedad. Ciencia, técnica, arte nacen del hombre y son para el hombre; sirven y enriquecen su vida espiritual y material. Hoy más que nunca ellas son las viejas "humanidades". Pero arrobado el Occidente por los grandes descubrimientos de las ciencias de la naturaleza, da más importancia al conocimiento de las cosas del mundo que a las del hombre y de las sociedades. Son más espectaculares los resultados alcanzados en la física, la química o la biología, que en la historia, la literatura, la sociología o la psicología; pero ¿son más importantes o decisivos para la felicidad humana, para alejarnos de los males que arrancan del comportamiento, de la moralidad o de la visión que el hombre tiene de su propia acción? He aquí una cuestión fundamental que nos importa discutir con serenidad en las universidades. **Las ciencias del hombre fueron en otro tiempo la parte principal de las universidades; creo que deben continuar siéndolo si pretendemos que un equilibrio sensato en la formación de los científicos y técnicos garantice una actividad moral constructiva y salvadora.** La comprensión de los modos históricos de la vida humana debe mantenerse con vigor en la formación del científico y del técnico. Lo que puede llegar a ser la vida humana y todo nuestro sistema de convivencia sin el saber y la comprensión histórica, sociológica y filosófica, no sería otra cosa que un mundo tecnificado, pero bárbaro e inmóvil. Sólo las humanidades pueden alejar este inminente peligro de barbarie e impedir que las ciencias y técnicas caigan en una nueva forma de magia, y, por otra parte, ellas están íntimamente relacionadas con la vivencia democrática de los valores de libertad y autonomía de la persona humana.

La historia, la literatura, la moral, la filosofía, el derecho, las artes han sido responsables mayores de la vida humana; ellas han organizado la sociedad en que vivimos cuando las ciencias de la naturaleza no eran más que débiles balbuceos envueltos en la magia. **Hoy que las ciencias de la naturaleza han alcanzado niveles e influencias sorprendentes, es hora que las ciencias del hombre reciban un nuevo y recio impul-**

so y aprovechen de los métodos, técnicas y experiencias de sus hermanas, sin desnaturalizar la intimidad de sus estructuras, ni la vigencia de sus fines propios, y logren un desarrollo insospechado para la reforma de la sociedad, de la política, del derecho, de la economía y de todo lo que tiene que ver con el hombre.

Las investigaciones y métodos de trabajo en todas las ciencias anuncian para los decenios venideros un pujante renacimiento del humanismo, y con ello una mejor fundada esperanza en el bienestar moral y social del mundo. El final de este siglo y el próximo serán la edad de las "humanidades". (10)

3.—La Educación: un proceso permanente

No olvidéis que aquí en la Universidad sólo obtendréis una preparación teórica general y fundamental, con un limitado entrenamiento práctico dirigido; que después que hayáis obtenido vuestros grados pasaréis varios años de aprendizaje en el trato directo con los problemas y proyectos de la vida, sin más sostén que el dominio de vosotros mismos y la ciencia y técnica fundamentales que aquí os daremos y en la profundidad y medida que la hayáis querido aprovechar. (11)

La Universidad os introducirá en ese mundo de los principios generales; pero ni la vida, ni la ciencia se agotan en la Universidad; al abandonar sus aulas, debéis continuar en forma permanente vuestro entrenamiento para alcanzar las excelencias de especializaciones racionales y equilibradas. Es inútil que exijáis a la Universidad que os regale con todo lo que necesitáis para resolver todos los problemas con que el mundo os pueda retar, o llevar a cabo todos los proyectos con que respondáis al desafío. **Ella sólo puede daros lo fundamental; pero si la Universidad no os desarrolla la imaginación; no os provoca el entusiasmo, ni os proporciona los métodos para seguir adelante, ella no ha cumplido con vosotros su misión esencial y es una Universidad que debemos reformar y elevar para que alcance su auténtica razón de existencia.** La Universidad sólo da educación superior en ciencia, arte o tecnología fundamentales y aquel que piensa que aquí terminan sus esfuerzos y desvelos de formación, nunca llegará a ser un buen profesional, ni artista verdadero, ni científico creador. (12)

La vida humana es una constante educación; la cuerda de un arco fuertemente tendido, listo para lanzar la flecha; la respuesta al desafío del mundo. Es una lucha constante con todas las circunstancias, para adaptar nuestras relaciones a ellas y al mismo tiempo permanecer libres. **Nuestra educación sólo termina con la muerte. Podemos distinguir en ella muchos períodos; pero sólo un objetivo: hacernos hombres, es decir, repetir en cada uno de nosotros los valores.** ⁽¹³⁾

4.—La misión del universitario en la sociedad

La actitud del universitario ante el tumulto de la vida se asemeja a la del espectador frente a la escena dramática; en una y otra la experiencia intelectual de la desordenada realidad es disciplinada por la imaginación creadora que contempla los procesos, pasiones, hechos y acontecimientos con libertad, sin hundirse en los peligros circundantes; penetra en los hombres y en las cosas sin que ningún temor embargue el trabajo del laboratorio o el coloquio escolar en un caso o en la escena dramática en el otro; allí se vive como las aves en el Evangelio. El error se convierte en experiencia para la búsqueda de nuevos caminos y las posibilidades se abren y cierran como las flores del campo; allí se respira el aire de la libertad interior; todos son caminantes de una gran aventura en la cual cada uno se labra con plena responsabilidad su propio destino y también el destino de la marcha del mundo. Toda la personalidad se forma en la entrega a esa aventura. Por eso es en la Universidad moderna donde se han educado todos los que han construido la ciencia, la tecnología, la política, la economía, los que han mejorado la vida humana, los que exploran el universo; todos se sometieron directa o indirectamente con alegría y esperanza a la disciplina intelectual y moral que se necesita para que la historia no se detenga y las sociedades no se anquilosen y mueran. ⁽¹⁴⁾

El impacto de lo que llamamos el progreso material nos produce desde hace años un deterioro moral y desajusta las relaciones familiares, sociales, profesionales y nacionales. No hemos sido capaces, hasta el momento, de incorporar los instrumentos de trabajo que recibimos a un sistema adecuado de educación, estimula-

do por ideales valiosos que correspondan al nuevo estilo de vida y organización de Occidente, y nos regocijamos sólo en los deleites con que nos pueda regalar ese nuevo instrumental. Hemos olvidado que cada paso hacia adelante importa y se justifica en un sacrificio, y por eso pagamos con un deterioro general nuestro más grave error: la creencia en la gratuidad de la existencia humana; a esta falacia en los fundamentos de nuestra actividad corresponde el castigo de la inautenticidad de nuestra existencia cultural, y ese fondo de inautenticidad es el que nos arrastra en todas las cosas a una inmoralidad virtual amenazadora. No se trata de una inmoralidad ante el decálogo solamente, sino de aquella que afecta a nuestra poco consistente realidad histórica. Ya una vez pagamos el impacto de la conquista europea con el silencio de muerte de las culturas americanas autóctonas; lo viejo murió sin retorno, amalgama o resurrección, y lo nuevo careció de la fuerza para proseguir el ritmo de sus orígenes occidentales. Cada día sentimos que la distancia a esos orígenes se hace mayor, aun cuando cada día obtengamos más cosas y sistemas hechos. Si no cambiamos de rumbo, la penalidad que tendremos que aceptar es la pérdida de nuestra individualidad histórica, o, dicho de otra manera, el tránsito de la calidad de países subdesarrollados, como se nos llama despreciativa o compasivamente, al de pueblos con automóviles, televisión y lecturas selectas, pero sin historicidad. **Y ¿qué es carente de historicidad? Aquello que no tiene significado, tarea colectiva o aporte a la historia universal del hombre; aquello en que los hechos pasan sin arraigar, sin lograr fundamentos para una tradición formadora.** Si aceptamos y usamos los bienes materiales y espirituales que la civilización elabora y nos envía, debemos hacernos dignos de su goce y participe en su significación histórica y por tanto comulgar con la responsabilidad que viene implícita en ellos y que nació en sus orígenes. Sólo aprovecharemos de los beneficios culturales de la penicilina o de la televisión, de los sistemas sociológicos o históricos, de los políticos o económicos modernos si logramos compenetrarnos y hacer nuestra la conciencia del deber moral y los sacrificios con que fueron inventados. Un antibiótico mal entendido se convierte en un tóxico, de la misma manera que el sustancioso

diálogo democrático degenera en un charlatanismo interminable y vacío. Con excesiva frecuencia nos vestimos con hermosos trajes; pero por no saber cómo fueron hechos, al final, en la escena de la vida, parecemos bufones de una corte medieval, más que actores responsables de un drama. ⁽¹⁵⁾

No basta ser un técnico adiestrado, un profesional eficiente, un artista cuidadoso o un pensador penetrante; también es necesario, para llegar a serlo y para vivir, poseer una responsabilidad moral nacida de ideales de vida que eleven las tareas a la excelencia de medios o instrumentos para alcanzar fines superiores. Esa conciencia moral de trabajar para conseguir objetivos universales valiosos, ser responsable de ellos, de sus orígenes, desarrollo y aplicación, es lo que constituye la esencia de la cultura; esa voluntad es la que se expresa en los signos y en los símbolos.

La responsabilidad que asumimos al aprender una manera determinada de trabajar tiene dos fuentes secundarias: por un lado, es la herencia que recibimos de la tradición universal que nos concede su saber, su experiencia milenaria, el fruto de sus continuados esfuerzos, jamás interrumpidos desde los albores de la humanidad, y, aun más allá, desde los comienzos de la vida; y, por otro lado, es la certidumbre de que somos deudores y debemos pagar el saber, la habilidad y la experiencia con nuestra tarea, como nuevo aporte, significativo de una expresión de solidaridad con nuestros antepasados y símbolo del agradecimiento al hecho generoso de nuestra propia existencia, alentada y conducida por esa voluntad consciente y responsable que llamamos cultura.

Esa conciencia de que somos deudores solidarios es un vigor que la educación despierta y acrecienta hasta darnos mayor energía que toda otra forma de vida o fuerza cósmica; es la Areté que Homero exaltaba por mercados y palacios de Jonia y Eolia y que Descartes recordaba en la sexta parte de su "Discurso del Método", cuando meditaba en los fundamentos de la

cultura moderna, encerrado en una aldea cercana a Ulm, mientras los cañones de la guerra de los Treinta Años retumbaban a su alrededor: "Porque si bien es verdad que los hombres están obligados a procurar, en cuanto les sea posible, el bien de los demás, y que nada vale quien no es útil a nadie, también es cierto que nuestras preocupaciones deben extenderse más allá del tiempo presente y es bueno prescindir de las cosas que puedan traer algún provecho a los que hoy viven cuando se piensa en hacer otras que han de ser más útiles a nuestros nietos". ⁽¹⁶⁾

Es una vida que mereceremos gozar en su verdadera intimidad, sólo si de alguna manera participamos en su construcción y en la máxima medida de nuestras capacidades. Ni el saber, ni el poder que aquél concede sobre la naturaleza, ni la libertad, ni la justicia y ordenación que ésta trae, alcanzan las categorías del valor axiológico para un determinado grupo humano, si éste no participa de algún modo en su creación, en su desarrollo o en su mantenimiento. Y la participación significa compromiso. Para gozar de los progresos de la humanidad, es fuerza que nos comprometamos. Los bienes culturales no son gratuitos. No lo son para sus creadores o descubridores, a quienes demandan sacrificios y tareas, y menos lo son para quienes quieren gozarlos, en todo o parte de su auténtico sentido. No se puede confundir un aprendizaje muerto, con el verdadero saber, porque nada en la cultura se adquiere sin merecerlo. La libertad, sin esfuerzo constante para justificarla y conservarla, no es libertad, y sin asumirla con responsabilidad deja de ser libertad; se convierte en gana pasajera, antojo arbitrario o anarquía destructora de las verdaderas fuerzas culturales.

He usado la palabra "comprometerse". ¿En qué consiste comprometerse? En prometernos un futuro, anunciarnos una tarea, crearnos una esperanza juntamente con otros; renunciar a nuestra soledad para participar en una misión común, y, con ello, ponernos en condiciones de construir una personalidad para un destino, que se anuncia en la conciencia como una expectativa. ⁽¹⁷⁾

REFERENCIAS

JUAN GOMEZ MILLAS

Discursos Inaugurales de los Años Académicos de 1957-58-59.

1. Discurso Inaugural del Año Académico, 1957. Editado por la Universidad de Chile en IV-1957. Empresa Zig-Zag, Santiago de Chile. Pág. 9, último párrafo y primero de la página 10.
2. Idem. Pág. 29.
3. Discurso Inaugural del Año Académico, 1959. Editado por la Universidad de Chile en IV-1959. Editorial Universitaria. Santiago de Chile. Pág. 10.
4. Idem. Pág. 8, primer y segundo párrafos.
5. Idem. Pág. 9, primer párrafo.
6. Idem. Pág. 9, último párrafo.
7. Idem. Pág. 12, primer párrafo.
8. Idem. Pág. 7, último párrafo.
9. Idem. Pág. 8, último párrafo.
10. Discurso Inaugural del Año Académico, 1957. Editado por la Universidad de Chile en IV-1957. Empresa Zig-Zag. Santiago de Chile. Págs. 25, 26 y 27.
11. Idem. Pág. 18, último párrafo.
12. Discurso Inaugural del Año Académico, 1959. Editado por la Universidad de Chile en IV-1959. Editorial Universitaria. Santiago de Chile. Pág. 6, último párrafo.
13. Idem. Pág. 5.
14. Idem. Pág. 11.
15. Discurso Inaugural del Año Académico, 1957. Editado Zig-Zag. Santiago de Chile. Pág. 14, último párrafo, y págs. 15, 16 y 17.
16. Idem. Págs. 7, 8 y 9.
17. Discurso Inaugural del Año Académico, 1958. Editado por la Universidad de Chile en IV-1958. Editorial Universitaria. Santiago de Chile. Pág. 7, últimas líneas; pág. 8 e inicio de la 9.